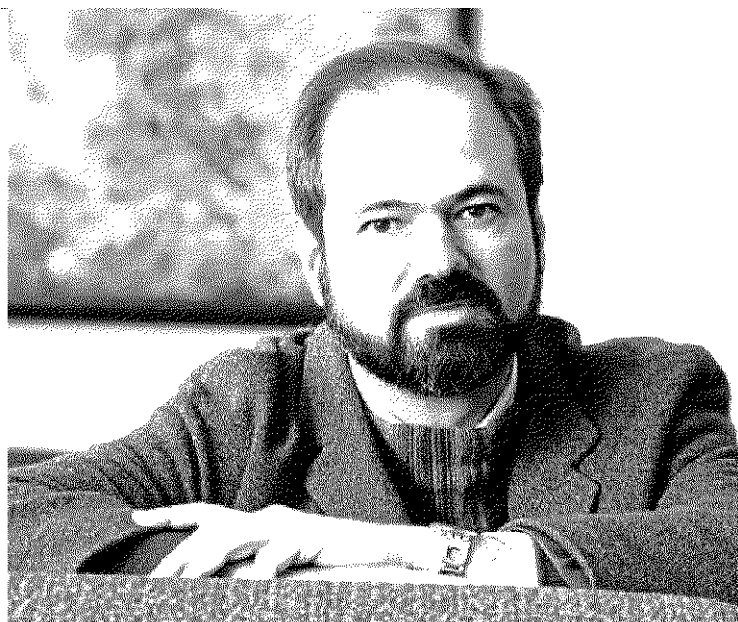




Juan Villoro y el amor al peligro

'Arrecife' narra la extravagante aventura de dos antiguos músicos de rock que montan un paraíso turístico del miedo en el Caribe



El escritor mexicano Juan Villoro. EFE

NOVELA



ARRECIFE

Autor: Juan Villoro. Novela.
Editorial: Anagrama. 240 páginas.
Barcelona, 2012. Precio: 17,90 euros

La proximidad de la muerte es uno de los grandes temas de la tradición mexicana. Ha estado siempre en su folclore y en la propia existencia diaria que se ha hecho más difícil en los últimos años gracias a un cúmulo apoteósico de violencias estructurales entre las que están la corrupción, la miseria, los cinturones suburbanos de la inmigración -con los que se ha ido construyendo de modo caótico la propia capital- y, finalmente, las bandas del narcotráfico que han convertido en cotidiano el secuestro y el asesinato.

A esta familiaridad estructural con la muerte, que encuentra su expresión en el célebre lema de «da vida no vale nada», del que ya eran

fiel reflejo las inolvidables páginas de Juan Rufo y en la que confluyen desde la herencia revolucionaria hasta el humor negro y el fatalismo indígena, Juan Villoro añade, en una audaz vuelta de tuerca, el legado contracultural de los años sesenta.

Es la suma de ese ingrediente la que hace posible 'Arrecife', novela cuya publicación por Anagrama coincide con la reedición en Alfaguara de una colección de relatos, 'La casa pierde', que Villoro publicó hace trece años y cuyos personajes tienen en común con los de esta última entrega su condición de perdedores y sus comportamientos marcados por unos códigos éticos de

lo más personales.

Los protagonistas de 'Arrecife' son dos viejos amigos músicos que pertenecieron en su día a un grupo de rock, Los Extraditables, que no tuvo ni una vida ni un desenlace gloriosos. Uno de ellos es el cantante de aquel grupo, Mario Müller, que es quien concibe y pone en marcha la idea de un 'resort' sobre un arrecife coralino del Caribe en una zona que goza de una gran aureola mitológica relacionada con la religión de los antiguos mayas. Pero lo que ofrece a sus extravagantes visitantes La Pirámide -así se llama el proyecto turístico de Müller- no son unas típicas, vulgares y relajadas vacaciones sino un circo de riesgos controlados y planificados que les hagan pasarlas canutas.

Villoro se ha basado, para

su libro, en ese fenómeno sadomasoquista de nuestra civilización que lleva a ciertos turistas del mundo desarrollado a disfrutar de un fin de semana en un campo de concentración o en una mazmorra de la Inquisición. Lo que él ha hecho es darle a su ficción unos tintes étnico-mítico-telúricos que la hacen totalmente verosímil. En La Pirámide de Müller, los huéspedes pueden jugar a los ritos sacrificiales mayas, a ser secuestrados por la guerrilla o a la ruleta rusa directamente. Müller se siente realizado a base de jugar al gran mago que satisface ese amor al peligro de muchos ciudadanos europeos y norteamericanos poniendo al alcance de su mano un programa lúdico que les permita salir de sus rutinas seguras durante unas jornadas, vivir emociones fuertes y saborear unas

fantasías virtuales en las que el placer se mezcla con el dolor y con el terror.

Su amigo, el otro ex rockero y propietario a la vez de la voz narrativa del texto, es Tony Góngora, un tipo al que la experiencia de las dogas le ha marcado definitivamente, hasta el punto de borrarle la memoria y dejarle suspendido en un presente en el que se ha hecho el vacío. Los tres primeros renglones del libro son su supuesto autorretrato: «Pasé la primera parte de mi vida tratando de despertarme y la segunda tratando de dormirme. Me pregunto si habrá una tercera parte». Mario Müller es su gran ancla con la realidad, quien le ofrece esa posibilidad de vivir una tercera parte de la existencia que no es la vejez sino su antesala. Él es su memoria en ese pintoresco y circense escenario en el que los

descendientes de los antiguos mayas conforman el servicio de hostelería y en el que se produce la muerte de un buzo sobre tierra en unas extrañas circunstancias que van a dar lugar a una trama policiaca bien urdida pero que no constituye, sin embargo, la columna vertebral del libro.

Esa columna novelística no es otra, en realidad, que la que conforma la relación tan especial que tienen los dos amigos, el empeño de uno por salvar al otro y salvarse a sí mismo, los sinceros lazos de afecto que existen entre los dos, pero también las antiguas llagas que se remontan a la juventud, como la rebeldía, quizá ingrata pero inevitable, del deudor hacia aquél con quien tiene contraída su deuda y que es la que hace de 'Arrecife' una magnífica novela.